

Marcos Ordóñez, *A pie de obra. Escritos sobre teatro*

El lema de *Mucho ruido para nada* es meridiano y se encuentra condensado en el estribillo de la canción de Beatrice: «*Men are deceivers ever / the fraud of men was ever so / since summer first was leavy*». Los hombres, nos dice Shakespeare, somos tan «decepcionantes» (inconstantes, volubles: *A Giddy Thing*, como reconoce Benedick al final) porque no creemos en nada pero estamos siempre dispuestos a creernos lo primero que nos cuentan. Por eso, el núcleo central de la comedia es el rumor. El *White Noise*, que diría un comunicólogo: el «ruido de fondo» que dificulta y modifica la comunicación, convirtiéndola en «desinformación». El título original, *Much Ado about Nothing* es un juego de palabras isabelino: *Nothing*, nada, se pronuncia casi igual que *Noting*; que en la época equivalía a «indiscreción», a «oír por casualidad», de modo que la traducción del título podría ser algo así como «Mucho ruido por unos rumores». El rumor como enfermedad contagiosa en una sociedad cerrada —y dominada por los hombres— es el mecanismo del que se vale Shakespeare para ilustrar el lema *Men are deceivers*.

En *Mucho ruido*, la mitad de los personajes entienden mal y la otra mitad entiende lo que quiere entender. Un grupo de ilustres visitantes, el rey Don Pedro de Aragón y sus oficiales, llega a la casa del rico Leonato, gobernador de Messina. Leonato tiene una hija, Hero, de la que Claudio, caballero del rey, se enamora en el acto, quizás porque es la muchacha más codiciable del lugar. Como Claudio es joven e inexperto en lides amorosas, Don Pedro la cortejará en su lugar, durante un baile —muy metafórico— de máscaras. En ningún momento escuchamos a Hero manifestar sus preferencias por Claudio o por el rey: la muchacha, motor del conflicto central de la comedia, es un simple objeto (de deseo), que su padre quiere adjudicar cuanto antes al mejor postor. [...]

Al final de la primera parte, como prometieron, como oscuramente desearon, Claudio y Don Pedro humillarán a la inocente Hero pública y ferozmente, y poco faltará para que su padre, Leonato, la mate allí mismo. Hasta que un fraile providencial propone, como en *Romeo y Julieta*, que Hero finja morir para que Claudio se dé cuenta de lo que ha perdido. A partir de que Leonato acepta fingir la muerte de su hija, todo su «dolor de padre» será una comedia cruel dirigida hacia sus ofensores, que, sin embargo, aceptan la noticia con la más absoluta de las indiferencias: la «entidad real» del objeto sigue siendo tan poco importante una vez muerta como cuando estaba viva. Con tales mimbres, que el cesto no acabe en tragedia es una pura y simple decisión del autor.